

Ayer fue un día triste, pero alegre a la vez. Triste, porque nuestro vecino del quinto y amigo Eduard Sarukhanyan, ciudadano soviético y luego ruso, de ascendencia armenia, oceanógrafo y explorador polar, falleció el día 26 y ayer fue despedido en la Iglesia Ortodoxa Rusa de Ginebra, recibiendo luego sepultura en el coqueto cementerio del Petit Saconnex. Lo veíamos estos últimos meses con tristeza caer poco a poco en la niebla de la ausencia definitiva, en la perplejidad permanente, él, quien fuera durante años la persona más alegre y risueña, encantadora con todo el mundo, siempre atenta, discreta, acogedora, muy alejada de la vanidad que hubiera sido un punto excusable en él por ser toda una personalidad científica en su dominio. Un hombre singular cuyo recuerdo queda en el corazón de todos los que lo conocimos.

Eduard Sarukhanyan se doctoró en 1980 con una tesis titulada "Structure and variability of the Antarctic circumpolar current" (Структура и изменчивость антарктического циркумполярного течения), y es autor de más de 150 artículos y publicaciones científicas. Más adelante, ya retirado de su puesto de asesor de presidencia en la Organización Meteorológica Mundial, motivo de su prolongada estancia en Ginebra, escribió en ruso, con el apoyo de su encantadora y bella esposa Galina (que fuera profesora de ruso en los cursos de la escuela de idiomas de las Naciones Unidas), una memoria de sus años de explorador y oceanógrafo, titulada "Mis años polares" (Мои полярные года, que tuvo la gentileza de dedicarme cariñosamente en 2016), y que es una narración prolija y profusamente ilustrada de sus expediciones y, sobre todo, un homenaje generoso a todos los hombres y mujeres con los que compartió viajes y aventuras a lo largo y ancho del planeta azul, pero especialmente en la Antártida. Un libro que merecería, desde luego, ser traducido al menos al inglés. La valentía, la generosidad y la audacia del profesor Sarukhanyan fue reconocida y alabada por todos tras las honras fúnebres, en una pequeña ceremonia de homenaje y brindis -imprescindible en cualquier evento ruso que se precie- que siguió al sepelio.

Pero también fue un día alegre porque apareció un día de otoño espléndido y por la forma tan civilizada, sentida y digna con la que se le dio adiós para siempre. La ceremonia en la Iglesia rusa fue de una gran belleza. Uno comprende por qué los ortodoxos se autocalifican de tales. (Nada que ver con la adocenada rutina en la que han caído los ritos católicos de enterramiento: prisas e impaciencia, ante esa muerte desterrada de la vida social, que molesta tanto a todos, por no hablar de los odiosos tanatorios). El pope, un hombre robusto en la cincuentena, de sienes plateadas, con una voz de barítono que retumbaba por la cúpula de la coqueta iglesia levantada a mediados del XIX por príncipes exiliados rusos, vestía una casulla de hilo dorado impresionante, de una majestuosidad que quitaba el hipo, con esa parte trasera que se alza rígida casi por encima de su cabeza y que da la impresión de que el portador se haya levantado llevando a cuestas el trono sacerdotal. Todos recibimos una velita delgada, insertada en un cucurucho para evitar el goteo de la cera, que el pope fue prendiendo con la suya, y permanecimos de pie en círculo en torno al féretro abierto, como es usual en el rito ortodoxo, rodeando y contemplando el cadáver, de perfil anguloso y rostro ya cansado, con la fatiga propia de la materia que la vida, tras 85 años de habitarla, ha abandonado a regañadientes, con las manos cruzadas sobre el lienzo blanco que lo cubría hasta el pecho, que el pope a su vez cubrió con su estola pectoral en un momento de la ceremonia, como protegiéndolo del frío, acunándolo en su viaje al reino de ultratumba. Los cánticos, que entonaba un coro de tres personas, dos hombres y una mujer, recibían réplica por parte del pope, y todo ello tronaba majestuoso por los muros profusamente decorados y la alta

cúpula de la iglesia, creando un ambiente de gran recogimiento y respeto, casi espectral, propicio a la congoja y al llanto. El pope, al final, se dirigió al iconostasio y, abriéndolo, prosiguió su rito y sus cánticos en ese espacio vedado a los fieles. Luego, acabado el rito, los parientes cercanos se acercaron al féretro y fueron despidiéndolo, algunos con un beso sobre la frente, otros depositando delicadamente su mano sobre las manos entrelazadas y frías del difunto. Luego, los cuatro *croquemorts*, los empleados de la funeraria, taparon el féretro y atornillaron, por medio de unas palometas doradas, la tapa, dejando al difunto a solas con su oscuridad. Después dieron la vuelta al unísono, cargando con el féretro, y salieron, como es preceptivo, con los pies por delante, tal como reza el dicho. A la salida, reconocí fugazmente la presencia del gran eslavista francés George Nivat (el que fuera amigo de Solshenitzin y autor de magníficos libros sobre literatura y cultura rusa, que atesoro), al parecer gran amigo de Eduard. Por la tarde, en un convite funerario en el Petit Saconnex, como es tradición entre los rusos, entre brindis y aperitivos, se alabó al muerto y se le recordó con ternura, entre lágrimas y sonrisas.

No hay mejor tumba que los corazones de la gente, como reza un dicho árabe. ¡Eterna memoria, Eduard Sarukhanyan! Ya se te echa de menos, pero tu recuerdo persiste.